

“LA ABADESA” – Por Eladio Fernández Ferrer

-¡Estúpida!- El grito se le escapó sin poder reprimirlo. Lo había visto venir desde el principio y ahora ella tenía que sacarla del aprieto. Los llantos desconsolados y ayes de Catalina de Guevara se mezclaban con las amenazas proferidas por quién, hasta ayer, le recitaba versos de amor y regalaba lisonjas para seducirla y ahora se trocaba en canalla que porfiaba por violentar a la mocita. De algún modo el galán y dos rufianes habían cruzado la tapia y ahora forcejeaban para sacar a la muchacha y huir amparados en la oscuridad.

-¡Cantonera! ¡Rabiza!- gritaba mientras se afanaba en bajar los escalones de dos en dos en pos de la trifulca, ajena al “...de inimicis nostris...” que murmuraba Marcela la tornera mientras se persignaba en evidente muestra de desagrado por las blasfemias que salían de la boca de su señora.

La muchacha le había sido confiada a petición de su progenitor, Don Gaspar de Guevara y Tribulete, caballero veinticuatro de Ysbilia, como castigo por sus veleidades amorosas, por lo que su condición de beata acogida resultaba cuando menos, curiosa. Pero ella, Francisca de Guzmán, como Madre Beata del emparedamiento de Santa María la Mayor (o “La Abadesa” como le gustaba que la llamaran), le había prometido que la virtud de su hija quedaría a salvo tras los muros de esa casa.

-¡Marcela, mis hierros!- dijo señalando una sombra bajo el hueco de la escalera. Agachada, Marcela se afanaba en abrir el cerrojo del viejo arcón que allí yacía, aquel en el que se escondían las pruebas del pasado de su señora mientras afuera los gritos de Catalina rasgaban la noche -¡Aprisa mujer, que me la desgracian! El mueble cedió mostrando sus secretos.

-Primero el coselete ¡Ayúdame!- La Abadesa extendió sus brazos mientras Marcela se lo ceñía sobre el monjil sin dificultad alguna pues La Abadesa era mujer de pechos breves, casi inexistentes aunque, eso sí, tuvo que ponerse de puntillas pues su señora media casi dos varas y medio codo. Tan alta que era.

Impaciente La Abadesa le arrancó de las manos la gorguera de acero para ajustársela al cuello mientras Marcela le entregaba un bulto alargado envuelto en trapos y que su señora procedió a descubrir con sumo mimo y cuidado.

-Jamás pensé que volvería a saciar su sed – Alargando el brazo contempló la visión del recio puñal de misericordia, lustroso a pesar del tiempo transcurrido y que antaño la acompañara en esa vida de soldado que a todos ocultó.

- Cierra la poterna detrás de mí, y oigas lo que oigas no la abras hasta que yo te llame.- Y así la inmensa mole de la Abadesa salió al ventorro y se perdió en la noche.

Tres sombras se escurrían por la callejuelas.

Los gritos de Catalina habían cesado. Su cuerpo inerte reposaba sobre la espalda de un rufián de baja estatura pero constitución robusta quién se la acomodó para mejor trasladarla. A su lado un hombre de largos bigotes y ropajes elegantes se tocaba la cara allí donde las uñas de la doncella le habían dejado recuerdo. -¡La muy zorra me ha marcado! – maldijo el tunante. Enfrente, un malencarado de lengua barba le entregaba el sombrero de ala ancha que el caballero había perdido en la refriega –Poco precio por holgar con semejante beldad Don Froilán- le dijo.

-¡Callad! ¡No mentéis mi nombre!– replicó el caballero que con mal gesto se ajustaba el chambergo para después arrojar una bolsa que raudo agarró el barbudo. -Cerrad el pico con estos escudos–dijo Don Froilán -y vamos prestos a mi hacienda.-

Ya se alejaban de la tapia cuando como nebulosa ánima una sombra negra se alzó ante ellos. Y no bien habían detenido el paso cuando el barbudo, que marchaba en primer lugar, se derrumbó de inmediato con un tajo que cercenó su carótida y lanzó un chorro de sangre que tiñó de un rojo rosado la valona de Don Froilán. ¿Qué era aquello?

-“Uñas abajo”- murmuró la sombra –Ahí va el primero, ¡que recuerdos pardiez!-. La escasa luz de la calleja poco dejaba ver pero tras la sorpresa por la súbita muerte del primer rufián, el bergante que portaba a la dama se desprendió de su carga arrojándola sin consideración y sacando un puntillo de matarife lanzaba de inmediato un tajo a la sombra desconocida. Para su sorpresa encontró el acero y no la carne que esperaba. La alta sombra de repente quedó mostrada cuando un rayo de luna reveló su rostro. Un rostro de furia vengativa que devolvió tanto la mirada como el movimiento de su brazo y con él la furia del acero que empuñaba. Cayendo al suelo con las tripas desventradas el bergante apenas pudo articular un - ¿Qué sois demonio?-.

La repentina soledad y el pavor del espectáculo habían liberado el vientre de Don Froilán y desencadenado un torrente de “piedades, compasiones y clemencias” pero un último reflejo le permitió desenvainar la espada y entrar a estocar.

-“Zambullida” – dijo la sombra y el lance paró la espada en alto y dando un paso lateral acometió con el puñal, entrando por el pecho de Don Froilán al grito de -“Irremediable”.-

El barro del ventorro había borrado el blanco del monjil pero fue el hedor que de él salía el que despertó a Catalina de su vahído. Todo estaba oscuro pero a medida que se espabilaba sus ojos percibieron los tres bultos que junto a ella yacían, y más allá, de pie, una figura de la que ora sí ora no, según los caprichos de la luna, le salían del pecho reflejos de plata que la cegaban. -¿Dónde me hallo? ¿Es el infierno? – musitó la joven. La súbita patada que la alta figura le propinó le trajo vívidas pruebas de que no había pasado a la otra vida, aunque el dolor causado la hiciera dudar por un instante. -¡Levantaos Catalina! – rugió la sombra. Por un instante la joven dudó de sus sentidos porque en un primer momento la figura se le había antojado la de un recio soldado. Pero aquella voz, a pesar de su timbre masculino era la de Madre Beata y no queriendo tener más pruebas de su estancia en la vida, obedeció y juntas emprendieron el camino de regreso.

Vengada estaba la afrenta y fue así, como Francisca de Guzmán, “La Abadesa” recordó aquellos tiempos en que disfrazada, con mentiras y engaños vivió la vida más dichosa que ninguna mujer pudiera.

“LA ABADESA” – Por Eladio Fernández Ferrer

DESCRIPCIÓN

La Madre Beata del emparedamiento de Santa Maria la Mayor es mujer alta, con gran corpachón y melena corta, a lo mozo. Su edad es indefinida aunque aparenta cincuenta y muchos. Viste como una monja, aunque sea seglar su razón de ser y su hacienda ya que como beatas de acogida no han hecho votos de ninguna clase. Pero incapaz de olvidar sus glorias pasadas, revive las aventuras que tuvo como soldado aún siendo mujer y de ese modo viste un coselete de acero sobre su pecho y un gorjal para mejor protección del cuello. Su brazo empuña un refinado puñal de misericordia y a veces recoge la cola del monjil sobre un brazo como defensa ante las cuchilladas y los tajos. Aún así suele llevar una toca de monja pues de ese modo las familias de Ysbilia más confían en la protección que para sus hijas otorga su hacienda y de ese modo ganarse más escudos.